

Y ahora, ¿cómo encuentro una metáfora? La Teoría de la Metáfora Conceptual 40 años después
And now, how do I find a metaphor? The Conceptual Metaphor Theory 40 years later

Luis Escobar L.-Dellamary
Universidad Autónoma de Sinaloa, México
luisescobar@uas.edu.mx

Original recibido: 11/02/2021
Dictamen enviado: 26/04/2021
Aceptado: 10/06/2021

Resumen

La noción de metáfora habita en el imaginario del lenguaje desde siempre. Originalmente era una figura de la lengua escrita y la retórica del discurso. En 1980, con la aparición de la Teoría de la Metáfora Conceptual (Lakoff y Johnson, 1980), se separó del lenguaje y se volvió una operación abstracta que, actualmente, puede estudiarse como el mecanismo detrás de los patrones culturales en la relación tiempo y espacio, los rituales sociales, el cine, la pintura, entre otros. Se ha vuelto más abarcadora pero más difícil de identificar. Como toda abstracción explicativa, debe servir a ciertos propósitos. En este trabajo, se argumenta que los objetivos originales de esta noción, como una operación conceptual, se han perdido por completo y poco se han reconocido las consecuencias de esta falta de pertinencia teórica. En la última parte, se echa mano de la noción de *metáfora deliberada* como un conjunto de criterios claros para identificarlas.

Palabras clave: cognición situada, enactivismo, lenguaje figurado, metonimia, modelos de la cognición.

Abstract

The notion of metaphor has inhabited the imaginary of language from the beginning. First and foremost, it was a figure of the written language and the rhetoric of speech. In 1980, with the appearance of the Conceptual Metaphor Theory (Lakoff y Johnson, 1980), it was separated from language and became an abstract operation that today can be studied as the mechanism behind cultural patterns in the relationship between

time and space, social rituals, cinema, painting, among others. It has become more comprehensive but more difficult to identify. Like any explanatory abstraction, it must serve certain purposes. In this paper, it is argued that the original aims of this notion as a conceptual operation have been completely lost and the consequences of this lack of theoretical relevance have been scarcely acknowledged. In the last part, the notion of deliberate metaphor is used as a set of clear criteria for identifying metaphors.

Keywords: *enactivism, figurative language, metonymy, models of cognition, situated cognition.*

Introducción. ¿Hasta dónde ha llegado la noción de metáfora?

¿Qué tienen en común las expresiones ‘sus engaños salieron a la luz’, ‘caíste muy bajo’, ‘entrar en la conversación’, que un maestro de violín pida a su alumno utilizar el arco ‘como si tirara una pelota a una cesta’ o que, en un anuncio televisivo, se muestre a alguien mirando hacia el horizonte? Según varios estudios, todas estas son metáforas. Como en toda operación clasificatoria y, sobre todo, tratándose de estudios de áreas colindantes como la psicología, la lingüística y las ciencias cognitivas; debe haber criterios claros.

Originalmente, en los estudios literarios, se considera metáfora a la expresión de “A en términos de B” (Kövecses, 2010 y Hawkes, 2017), oraciones que tienen formas del tipo [A es B] o [A hace B]. En géneros como la poesía, se juega con este patrón de base en expresiones como *el fuego de tus manos* (para referirse a la sensación de la caricia de un amante), en la que la forma no es estrictamente *tu caricia es como el fuego*; sin embargo, su relación con el esquema idealizado [A es B] es, aún, cercana. En el poema de Vicente Huidobro *Altazor*, se lee “la bella nadadora” (para referirse a la lengua e, indirectamente, a la saliva y a la boca). Al igual que en el caso anterior, la cercanía con su esquema ideal “la lengua es una bella nadadora”, “la saliva es un cuerpo de agua” o “la boca es una alberca” es clara, incluso, porque se puede reconocer el parentesco construccional de un predicado nominal con una frase parentética (Juan es el más guapo/ Juan, el más guapo, acudió en su defensa). Aquí, por ejemplo, la clave para elegir a la metáfora relacionada directamente con la lengua como la más prominente es la lexicalización del concepto o, por decirlo de otra forma, el hecho de que la expresión corresponde con ese sustantivo: es la lengua la que nada, no la saliva ni la boca. Aunque, en otro nivel, es ineludible reconocer que estas otras metáforas formarían parte del dominio próximo que legitima la figura de la “bella nadadora”.

Por otra parte, estas formas clásicas de metáfora se diferencian de la figura retórica conocida como símil que hace una comparación explícita: *tus ojos son*

como dos luceros. La metáfora, en cambio, no compara explícitamente, sino que supone una asociación de ambos conceptos o nociones para dar mayor dimensión o riqueza a la manera en que se expresa algo: *tu mirada es un radiante amanecer*.

Por otra parte, la metáfora también se distingue de la metonimia; esta última asocia dos nociones que pertenecen a un mismo escenario o dominio de la experiencia: *México derrotó a Alemania en penales*. Sabemos que, en realidad, los países no son “derrotados” en el fútbol y ni siquiera son los países los que juegan un partido, pero, por asociación, por metonimia, consideramos al equipo de fútbol como la representación de cada uno de estos países; y, al campo de fútbol, como un terreno de batalla.

En la metáfora, en cambio, podemos tener dos nociones de escenarios o dominios aparentemente distintos: *este cuarto es un horno*. ¿Qué tiene que ver un espacio arquitectónico con un aparato para hornear? La respuesta puede ser simple si quedamos satisfechos diciendo que es una metáfora, y hasta podemos parafrasear la metáfora para darle nombre; decimos, en la metáfora UN ESPACIO CALUROSO ES UN HORNO. Sin embargo ¿es esta una buena explicación de lo que está pasando en el lenguaje, en la mente, en la comunicación? ¿Cómo distinguir entre metáfora y metonimia si, en buena medida, los significados de las palabras están asociados de una u otra manera a la experiencia? (Kövecses, 2013; Littlemore, 2015; Winter, 2019).

Si volvemos a los ejemplos del principio, aquí abajo enumerados y acompañados por las referencias a algunos trabajos que llaman metáfora a este tipo de expresiones escritas, orales o hasta audiovisuales; puede ser más claro cómo la definición misma de esta noción se ha estirado demasiado. ¿A qué me refero con demasiado? Que tiene poco que ver con su definición más básica y ha perdido su sentido como respuesta a la pregunta ¿por qué y cómo funciona el lenguaje figurado? Es decir, tan alejada de su definición y de su propósito como abstracción explicativa que parece no más que un término común usado a la ligera o demasiado abarcador como para que contribuya con alguna fina distinción¹. El problema, como mencionamos antes, es que, en el marco de un estudio científico sobre el lenguaje, la cognición o la comunicación; la correcta definición de un concepto lo es todo.

¹ “No puede haber una diferencia en ningún nivel que no haga la diferencia en otro” (James, 1907, p. 20).

- (1) a. Sus engaños salieron a la luz (Kövecses, 2010).
- b. Caíste muy bajo (Casasanto, 2010; Godfrey, 2011).
- c. Entrar en la conversación (Lakoff, 1993; Meir y Cohen, 2018).
- d. Toma el arco [del violín] como si arrojaras una pelota a una cesta (Abrahamson, Sánchez-García y Smyth, 2016, p. 315).
- e. “Mirar al horizonte” (una imagen o un video) (Jensen y Greve, 2019).

En el ejemplo (1a), notamos una primera digresión con respecto a las expectativas que nos ha dejado la definición propuesta al principio: la expresión no tiene la forma [A es B]. Tenemos que conceder a la interpretación que la metáfora pueda estar parcialmente manifestada en el lenguaje y algo “quede detrás”. Ya hemos mencionado cómo esta es una manera común de presentar este tipo de expresiones figuradas en la poesía. Queda aún una ruta clara para definir las como metáforas. O se trata de una paráfrasis figurada que podría estar en la forma de un predicado nominal (la lengua es una BELLA NADADORA) o, al menos, el nombre de aquello que aparece en lugar de otra palabra (A en el lugar de B) es parte de la expresión (el FUEGO de tus manos). Podemos decir que el esquema conceptual de la metáfora que está implícita en la expresión *sus engaños salieron a la luz* es CONOCER LA VERDAD ES ILUMINAR EL PANORAMA vía la metáfora LOS ENGAÑOS SON ZONAS SOMBRÍAS que, como en el caso de la relación entre lengua, saliva y boca, depende de una red de asociaciones metafóricas².

Ahora, sin que, de momento, nos vayamos a detener en ese asunto, es importante notar que no hemos hablado de dónde creemos que está la metáfora ¿está en la oración completa? ¿es el uso del verbo ‘salir’ el que es metafórico? ¿es el predicado ‘salir a la luz’? ¿no es ninguno de los anteriores y las palabras son solo claves materiales de estructuras abstractas (conceptuales o no)? Partiendo, en términos generales, de esta última posibilidad explicativa, la Teoría de la Metáfora Conceptual (en adelante TMC) (Lakoff, 1993; Lakoff y Johnson, 1980, 1999)

² Al lector avezado pueden surgirle las preguntas: ¿se necesitan tantas asociaciones metafóricas? o ¿cómo podemos hacerlas todas al mismo tiempo? (Véase Banan, Ridwan y Adisaputera (2020), para una síntesis de las críticas al modelo). El argumento más importante no es probar que la cognición humana no puede con tanto, pues esto carece de importancia, debido a que no se pueden conocer los límites de esta. En cambio, considero que sí es pertinente cuestionar si el modelo de las redes y las conexiones es la mejor manera de explicar el procesamiento cognitivo, sobre todo, dado que tenemos que considerar la posibilidad de otros modelos no dependientes de un sistema cognitivo delimitado (Clark, 2008; Rączaszek-Leonardi, Nomikou, Rohlfing y Deacon, 2018). Como opina Beer (2014, p. 140) el problema principal es que “muchos de los modelos conexionistas son esencialmente solipsistas, aislados y computacionales (aunque distribuidos)”.

ha adquirido una gran relevancia desde hace más de 40 años y es una de las principales protagonistas de la historia de estas metáforas que han ido demasiado lejos. Propone, precisamente, que la metáfora está “detrás de las palabras”, en la estructura conceptual.

Los ejemplos (1b) y (1c), por su parte, no tienen ninguna de las formas básicas. No hay realmente “A en términos de B”. La razón por la que se les considera metafóricos es que no son expresiones que se utilicen para decir que alguien literalmente ‘cayó’ o ‘entró en un lugar’. Es cierto, no es una expresión literal. Sin embargo ¿por qué se le considera, de manera específica, una metáfora? ¿por qué no decir, simplemente, que el lenguaje, en general, tiene siempre propiedades no literales o figuradas?

Porque ¿dónde está la frontera entre la metáfora y el uso que podríamos llamar extendido de las palabras, los usos diversos, las diversas capas o niveles de significación? ¿no es lo literal un invento del mismo análisis? o ¿podemos decir que identificar usos literales es más fácil? Es decir ¿en qué ocasiones utilizamos las palabras literalmente o sin varios sentidos asociados? Varios de los trabajos sobre lenguaje figurado comentan cómo es lo no figurado o literal lo que, en realidad, parece ser excepcional en nuestra comunicación (Dancygier y Sweetser, 2014; Colston, 2015).

- (2) a. Toma el arco [del violín] como si arrojaras una pelota a una cesta.
- b. “Mirar al horizonte” (en una imagen o un video).

Por último, y para dar paso a la exploración de todas estas preguntas, basta mencionar que los ejemplos (1c) y (1d) (repetidos en 2a y 2b) pertenecen a trabajos que asumen la noción de metáfora conceptual y la extienden hacia una visión enactiva de la comunicación. Es decir, no se separan de la TMC pero tampoco respetan su visión de la cognición como un sistema de conceptos en el cerebro. Trasladan la actividad metafórica al lugar de la actividad comunicativa: la interacción entre dos personas. Por lo tanto, puede ser metafórico lo que dice, lo que hace, lo que dibuja, lo que muestra en una fotografía, en la escena de un anuncio televisivo o de una película. Puede ser metafórico porque así lo percibe *alguien* y no queda claro si tiene que coincidir con lo que el autor de la pintura, por ejemplo, quiso que fuera metafórico. Aquí, entonces, el problema es lo que llamamos *pan-metaforicismo*. Si vamos a decir que todo es metáfora para ahorrarnos las definiciones y distinciones finas, entonces ¿qué caso tiene la noción como instrumento de análisis?

Según las definiciones y aplicaciones descriptivas de los trabajos más recientes sobre el tema, la metáfora parece ser la partícula o estructura asociativa fundamental del lenguaje figurativo, una noción que no distingue y no “sirve” al análisis, sino que pertenece a un modelo que la propone, de entrada, como un mecanismo esencial. En este último sentido, la posibilidad de encontrarla queda limitada a justificar su realidad, pero renuncia al compromiso de ser algo metodológicamente claro; está, potencialmente, en todas partes.

El resto del trabajo está organizado así: en la siguiente sección revisaremos los criterios originales de la TMC para identificar una metáfora y plantearemos cómo el desarrollo de esta noción en la literatura sobre el tema los ha diluido en un *pan-metáforicismo*; haciendo casi imposible encontrar una, al menos, con una metodología explícita y no desde el capricho del investigador. En la sección 3, regresaremos a los fundamentos de las generalizaciones y las explicaciones científicas para entender más claramente qué está fallando en estos trabajos en cuanto a su coherencia metodológica y preparemos el terreno para la última sección donde se propone una solución. En la sección 4, se concluirá y expondrá la noción de *metáforas deliberadas* para que, junto con nociones como *atención* e *intención*, se vislumbre un rescate empírico de la adecuación explicativa en el uso de la categoría.

¿Cómo encuentro una metáfora?

Una metáfora, a diferencia de un símil o una metonimia, se define tradicionalmente como una comparación implícita entre dos términos o conceptos. Por ejemplo, *Hermosillo es un horno*, en donde no se está haciendo una comparación explícita (*Hermosillo es como un horno* sería un símil) y, no obstante, se entiende que no se pretende decir que Hermosillo sea *literalmente* un horno (sabemos que es una ciudad del estado de Sonora en México). En cambio, le damos una interpretación no literal o figurada, tomando parte de las propiedades de *un horno* y aplicándoselas a una ciudad conocida por su caluroso clima. Es decir, es una manera particular de apartarse del supuesto uso básico del lenguaje (decir lo que dice, ser literal) diciendo algo que, evidentemente, no puede ser literal para querer decir otra cosa.

Pero, aquí empiezan los problemas. Si debemos aludir a las propiedades de la asociación de conceptos o significados (abstractos) y no a la forma de la expresión ¿puedo, siquiera, distinguir metáfora de metonimia? Recordemos que la segunda se define por asociar conceptos de un mismo dominio de la experiencia. *Juan es el mejor violín de la orquesta* es un ejemplo clásico, una manera figurada de decir

que es el mejor violinista. Por otra parte ¿realmente creemos que nada tiene que ver un horno con Hermosillo? Si ambos comparten un clima interno muy caluroso ¿no será una asociación de otro tipo? o, en un ejemplo más socorrido aún por la literatura sobre el tema, *tienes un largo camino por recorrer* (de la metáfora LA VIDA ES UN CAMINO O UN VIAJE) ¿cómo ignorar el hecho de que el transcurso del tiempo literalmente tiene una asociación experiencial con moverse en el espacio? (Loeffler, Raab y Cañal-Bruland, 2017).

Es importante notar que la noción de metáfora era originalmente de las palabras que se utilizan para expresarla. Había una forma de identificarla porque correspondía o era un tipo de estructura particular: [A es B]. Sin embargo, en la llamada “segunda revolución cognitiva”, George Lakoff y Mark Johnson tomaron esa noción y la llevaron del terreno de la lengua escrita³ al de la cognición en su TMC (Lakoff y Johnson, 1980). En el cambio de perspectiva que implicó la revolución de la lingüística cognitiva, la descripción de la gramática de una lengua pasó de los símbolos arbitrarios y sus reglas de composición a los conceptos y sus patrones de integración.

Como esta asociación existe en la mente ya no depende de las palabras que se usen para expresarla. Se oculta, digamos, en numerosas formas y hasta acciones comunicativas sin lengua oral o escrita, como las imágenes. La apertura de esta noción para ser aplicada a tantas distintas cosas ha traído consigo un crecimiento exponencial en los últimos años de TMC en diversas áreas. Este ha sido el lado positivo. Sin embargo, en esa misma apertura y popularidad, el término parece haber perdido la consistencia de su definición, su adecuación descriptiva y explicativa.

Según el modelo, su función principal, como una estrategia del pensamiento humano, es permitirnos comprender las nociones abstractas en términos de nociones concretas. ¿Cómo comprender el tiempo si no lo vemos como espacio? Supuestamente, el espacio es más accesible a la experiencia humana, más corpóreo. Lo mismo con la *vida* como un VIAJE o el *amor* como una AVENTURA.

No obstante, el que sea cognitiva, no implica que haya dejado de ser una asociación [A es B]. Alguna forma (aunque sea inobservable, en la mente) debe de tener para distinguirla de otras asociaciones conceptuales y figuras del lenguaje figurado⁴. La metáfora conceptual se compone de *fuentes* y *meta*. La *fuentes* es el

³ Porque incluso la retórica oral se parece más a la lengua escrita que a la oralidad conversacional en un contexto cotidiano. Aunque en lingüística, esta distinción fina no se hace frecuentemente (Linell, 2005).

⁴ Como la metonimia (su inseparable compañera), la ironía, la pregunta retórica, la hipérbole, el eufemismo y las expresiones idiomáticas. Frecuentemente, las expresiones lingüísticas

concepto que da concreción, que ancla, que es más corpóreo y experiencial. La *meta* es aquel que, siendo más abstracto, necesita anclarse en la experiencia directa del hablante. Por ejemplo, en la metáfora EL LINAJE FAMILIAR ES UN ÁRBOL (de ahí los árboles genealógicos), el linaje, una noción abstracta y temporalmente inasible para la vida de un individuo, se representa con algo concreto y temporalmente estable como las ramas de un árbol.

En coherencia con el modelo conceptual de aquello que está detrás del lenguaje expresado y reconociéndola como una relación esencial, Lakoff y Johnson (1980) proponen una distinción entre metáfora y metonimia. Mientras que afirman que ambas figuras “hacen casi lo mismo”,⁵ asumen que son claramente distinguibles mediante ejemplos típicos como *estoy leyendo a Shakespeare*. En este, la mención de Shakespeare no es metáfora de su obra literaria, sino metonimia (EL AUTOR POR SU OBRA). No obstante, al dar el salto de los ejemplos escritos a la cognición se vuelve confuso cómo distinguir la relación entre dos conceptos de distintos dominios (metáfora) o de un mismo dominio de la experiencia (metonimia) como ya he mencionado. ¿Cómo una definición de metáfora corporeizada, situada y experiencial va a distinguirse claramente de las asociaciones de la experiencia misma (causales y físicas)? Por esto, varios autores afirman que, de ser así, buena parte de las metáforas conceptuales tendrían un origen metonímico (Radden, 2009; Littlemore, 2015) pero ¿realmente han dejado de ser metonímicos? Independientemente de la perspectiva que se adoptara para resolver esta pregunta los criterios de distinción deberían ser claros y concisos.

En su revisión de la metonimia LA CARA POR LA PERSONA proponen el siguiente ejemplo: al pedir que me enseñes una foto de tu hijo basta que me enseñes

son combinaciones de varias figuras retóricas (Colston, 2015, pp. 1-4) y las metáforas, en particular aquellas consideradas primarias o básicas, se ha dicho, tienen un origen necesariamente metonímico o son metonimias vistas metafóricamente (Bernárdez, 2016, p. 5; Holyoak y Stamenkovic, 2018, p. 659; Gibbs, 2019, p. 40). Que ¿cómo distinguir estas figuras como procesos diferentes y explicaciones relevantes en el análisis del lenguaje?, esa es una pregunta que escapa al marco de este trabajo pero que, sin duda, comparte los mismos problemas de su hermana mayor.

⁵ “Las metáforas y las metonimias son distintos tipos de procesos. La metáfora es principalmente una manera de concebir una cosa en términos de otra, y su función primaria es el entendimiento. La metonimia, por su parte, tiene principalmente una función referencial, esto es, permite el uso de una entidad en lugar de otra. Pero la metonimia no es solo un recurso referencial. También sirve a la función de ayudar a entender [...]. Entonces, la metonimia sirve algunos de los mismos propósitos de la metáfora y de la misma manera, pero nos permite enfocarnos más específicamente en algunos aspectos de lo que está siendo referido” (Lakoff y Johnson, 1980, p. 36, traducción del autor).

una foto de su cara para que yo quede satisfecho, sin embargo, si me enseñas una foto de su torso sin cabeza, no estaré satisfecho, una muestra de la metáfora en cuestión (Lakoff y Johnson, 1980, p. 37). Después, asumen que la semiótica cultural de la fotografía de una persona responde al mismo patrón conceptual de ejemplos de expresiones escritas como *ella es solo una cara bonita*.

No solo podemos imaginar más de una situación en la que no quedemos satisfechos con la foto del rostro de una persona, sino que también podemos imaginar situaciones en las que la foto parcial de cualquier parte de su cuerpo (sin rostro) nos deje satisfechos⁶. La centralidad del rostro en la identidad perceptual del otro como mecanismo social no requiere de ningún proceso (Bruce, Le Voi, y Broadbent, 1983; Bruce, 2009⁷; Russell, Duchaine, y Nakayama, 2009) o ¿las formas que la interacción social y la comunicación han tomado a lo largo del tiempo son procesos activos en la cognición que, por tanto, tendrían que remitir a estados previos a la convención social? Es decir, la centralidad semiótica del rostro en la identidad y reconocimiento del otro ¿remite cada vez que alguien ve e identifica a alguien a través de una imagen a un estado no convencionalizado de encuentro entre dos personas donde el otro es, literalmente, la totalidad de su cuerpo? En tal caso, también tendríamos que recurrir a la metáfora UN CUERPO ES UNA PERSONA O LOS SONIDOS EMITIDOS POR UN CUERPO SON LENGUAJE entre un número potencialmente infinito de patrones también metonímicos para hacer de la experiencia física una interacción comunicativa.

De la misma forma, a la expresión *ella es solo una cara bonita* puedo, bajo una interpretación particular, desproveerla de todo sentido figurado. Tomar al verbo *es* en su sentido existencial y absoluto (*ella es, literalmente, solo una cara bonita flotando en el espacio*) no es, en ninguna medida, una interpretación literal o básica frente a la cual prevalece una lectura figurada, sino la interpretación sesgada de una perspectiva fiscalista de la realidad (Stoljar, 2021). Puedo, en cambio, interpretar la frase en su sentido literal como: no creo que ella tenga como valor social

⁶ Como se revisará más adelante, las dos presuposiciones del modelo de TMC que le acarrearán más críticas, es “la presuposición de las claras fronteras categoriales” (y todas sus variantes) y “la presuposición de la unicidad en la interpretación o la intención comunicativa” (derivada de la supuesta unicidad de lo representado en el sistema cognitivo y sus operaciones). Es decir, que cada hablante tiene la misma representación y, por lo tanto, interpreta (en el fondo) lo mismo o usa “para lo mismo” las expresiones situadas o los “procesos” cognitivo-simbólicos que se proponen como abstracciones explicativas para los comportamientos usados como ejemplos.

⁷ “La más importante fuente de información que utilizamos para identificar a alguien en la vida diaria es el rostro” (Bruce, 2009, p. 66).

o profesional más que las perfectas proporciones de su rostro (más la tersura de su piel y el color de sus ojos).

En un análisis de la frase *mi corazón se ha roto*, Meir y Cohen (2018, p. 7) afirman que *corazón* y *romper* pertenecen a dos dominios semánticos distintos: el primero al emocional y el segundo al físico. Después, afirman que *corazón* es el lugar de las emociones mediante una metonimia. ¿Cuál? ¿En qué momento las emociones están en el mismo dominio que un órgano del cuerpo humano? Y si sí lo están entonces ¿cómo afirmar que los dominios emocionales y físico son distintos? (Qian, 2016 para un análisis en inglés y chino mandarín de esta figura). Podemos interpretarlo diciendo, claro, es que uno *siente las emociones* y las asocia con el latido del corazón, pero, entonces, ¿no sentimos ninguna emoción cuando rompemos algo? ¿no podría ser, bajo los mismos criterios, una metonimia *mi corazón se ha roto*? Y, en sentido inverso, ¿no podría ser una metáfora el que EL CORAZÓN SEA EL LUGAR DE LAS EMOCIONES dado que, si nos ponemos naturalistas, el corazón es físico y las emociones no?

Son muchas las preguntas que se desprenden de la fingida certeza con la que se afirma la clara distinción entre metáfora y metonimia. Entre las cuales están: ¿cómo saber qué es lo que no se asocia en el dominio de la experiencia? (si son los simpatizantes de TMC los que asumen que todo acto simbólico tiene una base corpórea), ¿qué es, en la experiencia de los hablantes, aquello que no está en lugar de algo? ¿no es el acto de nombrar algo en sí una expresión del tipo LA PARTE POR EL TODO? Cuando nombro a un animal *caballo* ¿no estoy aplicando a una única entidad experiencial toda una categoría conceptual?

También, en esta misma línea de distinciones teóricas, en su versión original, Lakoff y Johnson (1980) propusieron una división entre metáforas estructurales, orientacionales y ontológicas (Kövecses, 2010). Las primeras son aquellas donde un concepto provee las condiciones para comprender o caracterizar a otro (la *meta* en términos de la *fuentes*; A en términos de B); por ejemplo, la multicitada LA VIDA ES UN VIAJE. El concepto VIAJE provee las condiciones para comprender un concepto más abstracto como VIDA. Esto se manifiesta en expresiones como *la madurez es un largo camino, cuando llegues a la mediana edad o este periodo de crisis hay que caminarlo juntos*. Por otra parte, las metáforas orientacionales son aquellas en donde el concepto fuente es una orientación espacial, como en la famosa ARRIBA ES BUENO. La función de estas metáforas es la de dar organización o coherencia a los conceptos en el sistema cognitivo y cultural (Kovecses, 2010, p. 40) como organizar las preferencias políticas a la DERECHA o a la IZQUIERDA (Oppenheimer y Trail, 2010).

Por último, las metáforas ontológicas son aquellas en donde parece que el propósito es, casi exclusivamente, darle estatus de existencia (uno más manejable) a los conceptos abstractos. Se llaman ontológicas precisamente porque, en filosofía, este término se usa para hablar de la esencia o realidad de las cosas o nociones. Así, por ejemplo, la metáfora LAS IDEAS SON OBJETOS permite expresiones como *danos una idea de cómo hacerlo*. También LOS ESTADOS SON LOCACIONES (Lakoff, 1993) en expresiones como *estoy enojado* o *sigue en depresión*. Las IDEAS que no son perceptibles, que no existen físicamente, se pueden tratar como OBJETOS; lo mismo sucede con los ESTADOS EMOCIONALES o PSICOLÓGICOS que se pueden nombrar como LUGARES en los que alguien está.

Consideremos de nuevo algunos ejemplos, tomemos en cuenta el tipo de metáfora para ilustrar qué tanto se alejan estos casos citados en la literatura de la expresión típica [A es B] en los que, de acuerdo con TMC, la metáfora es conceptual y no debe de tener una expresión específica en la lengua oral o escrita.

Esto, sin duda, dificulta identificar metáforas en un texto, en un discurso oral o en una conversación. En el Cuadro 1, en el ejemplo (1) se muestra un caso afortunado, uno que sin duda se puede identificar como metáfora. La expresión conserva la estructura construccional [A es B] y es conceptualmente estructural porque, en efecto, caracteriza LAS MENTIRAS (el concepto *meta*) como TELARAÑAS (el concepto *fuentes*). Las mentiras son más abstractas que las telarañas que se pueden ver y tocar.

CUADRO 1. TIPOS DE METÁFORAS

#	EXPRESIÓN	TIPO	REFERENCIA	
(1)	Las mentiras son telarañas que atrapan a la gente.	Estructural	(Kövecses, 2010)	
(2)	Caíste muy bajo.	Orientacional	(Casasanto, 2009; Godfrey, 2011)	MODALIDAD DISTINTA SIN META EXPLÍCITA
(3)	Dame un minuto/ Estoy en duelo.	Ontológica	(Lakoff, 1993)	
(4)	Señalar hacia el frente con mi mano cuando digo 'falta mucho para eso'.	Gestual/ Orientacional	(Cienki y Müller, 2008)	
(5)	Mostrar en un anuncio televisivo alguien 'mirando hacia el horizonte'.	Multimodal: visual	(Müller y Kappelhoff, 2018)	
(6)	Un maestro de violín pidiendo a su alumno utilizar el arco 'como si tirara una pelota a una cesta'.	Multimodal: interactiva	(Gibbs, 2019)	

No obstante, como sucede ya en la mayor parte de los trabajos que siguen el modelo de TMC, a partir del ejemplo (2) el concepto meta ya no está expresado, lo tenemos que suponer. En la expresión, *caíste muy bajo* está la fuente (ABAJO)

y no la meta (VALOR NEGATIVO). Es una metáfora *orientacional* porque expresa un valor cultural negativo en términos de una orientación en el espacio, pero no dice *abajo es negativo* eso lo tenemos que suponer nosotros como analistas aludiendo al valor cultural convencional. Aunque, podríamos decir, bueno, pero estas no son tan difíciles de identificar, cuando observe una orientación con valor convencional o cultural sabré que TMC la consideraría una metáfora.

En el ejemplo (3), tanto la expresión *dame un minuto* como *estoy en duelo* expresan las metáforas ontológicas LOS MINUTOS SON OBJETOS (que se pueden dar y recibir) y LOS ESTADOS EMOCIONALES SON LUGARES (en donde alguien puede estar). Hasta aquí todo parece marchar más o menos sin problemas, pero, a partir del ejemplo (4) entramos en un terreno explorado con mayor ímpetu en la última década (Cienki, 2008; Chui, 2011; Müller y Kappelhoff, 2018; Greifenstein, Horst, Scherer, Schmitt, Kappelhoff, y Müller; 2020), donde ya ni siquiera estamos hablando de lengua escrita u oral.

En el ejemplo (4), el acto de señalar hacia el frente con el dedo extendido de mi mano mientras digo *falta mucho para eso* se interpreta, desde varios trabajos (Bender y Beller, 2014; Gijssels y Casasanto, 2017) como una metáfora orientacional. Los patrones conceptuales asociados a la expresión gestual son FUTURO ENFRENTA y LA DISTANCIA FÍSICA ES DISTANCIA TEMPORAL. No obstante, cuando no solo buscamos parafrasear una abstracción explicativa sino justificarla ¿qué podemos decir con respecto a las partes de esa asociación metafórica o metonímica? El gesto de señalamiento ¿es un concepto fuente?, ¿asociar un significado a una forma física no es el procedimiento básico para integrar un símbolo?, ¿por qué necesito una estructura conceptual subyacente que represente a la fuente si ya tengo el lado concreto de la asociación en la forma física del gesto? (Escobar, 2021). También podría preguntar ¿dónde está la metáfora? ¿en la frase *falta mucho*, en el gesto o en ambos?, ¿son distintas metáforas?

Por su parte, los ejemplos (5) y (6), ya no refieren a la estructura conceptual que está detrás de las expresiones lingüísticas. En cambio, subyace a la interpretación de imágenes en movimiento o intenciones figuradas en interacción, como en la metáfora *audiovisual* de (5) o en la conversación de (6) donde un maestro de violín instruye a su alumno a tomar el arco *como si tirara una pelota en una cesta*. También, siguiendo con el juego de la paráfrasis de la abstracción explicativa (el patrón conceptual) se podría decir que están presentes en el caso de (5) FUTURO ENFRENTA, EL HORIZONTE COMO LAS POSIBILIDADES INFINITAS y, por qué no, LA VIDA ES UN VIAJE. Mientras que, en el caso de (6), podría hacer una lista del tipo: LANZAR ALGO ES MOVERSE CON FUERZA, LANZAR UNA PELOTA ES

MOVER LA MANO EN UNA TRAYECTORIA ARQUEADA, LANZAR ALGO ES MOVERSE CON CONSCIENCIA Y BUENA ARTICULACIÓN; pero, ahora que leemos estas posibles paráfrasis de los patrones conceptuales detrás de este ejemplo ¿no son más bien metonimias? Todas tienen que ver con el movimiento físico del brazo y la imagen de lanzar la pelota, ¿cómo se distingue la simulación de un escenario y su asociación con el momento presente de una metáfora conceptual? Si me imagino a una porrista animándome mientras cocino un pastel ¿eso es una metáfora? Si alguien, al verme cocinar un pastel, me dijera *¡ánimo tú puedes!* mientras agita un par de pompones imaginarios ¿está haciendo una metáfora?

Otras preguntas que surgen de estos dos últimos ejemplos son: ¿es la metáfora una propiedad de la estructura conceptual de la expresión, de quien la dice, o de quien la interpreta?, ¿puede ser una metáfora si alguien la interpreta así, aunque quien la dijo (o hizo) no haya tenido la intención de ser metafórico?, ¿por qué el ejemplo (6) es una metáfora si la construcción tiene la forma de un símil? Es decir, tiene un *como si tirara...* y no dice *tomar el arco es tirar una pelota a una cesta*. Entonces ¿cuál es la diferencia entre metáfora, símil y metonimia? o ¿ya no importa y todo lo que sea lenguaje figurado o simulación de escenarios asociados se llama metáfora sin contar con fundamentos para hacerlo?

Un problema extra a la hora de enfrentarnos a un texto, a una transcripción o, incluso, a un documento audiovisual para identificar su contenido metafórico, es la circularidad. Es decir, que, si lo pensamos con mayor detenimiento, encontrar una expresión como *has llegado muy lejos* y clasificarla como una manifestación de la metáfora LA VIDA ES UN VIAJE tiene su costo epistemológico. Decimos que es metafórica porque manifiesta esa metáfora y lo sabemos porque ¿es una expresión metafórica? Es un argumento totalmente circular. Aparte, si uno hace una lista de los ejemplos que utilizan los trabajos que asumen TMC como su modelo de análisis, tienden a ser siempre los mismos (Gibbs, 2014; McGlone, 2007; Kompa, 2017; Holyoak y Stamenkovic, 2018).

También, como han mencionado diversos autores, el uso figurado del lenguaje, decir algo más de lo que las palabras dicen en sí, es más la regla que la excepción (Dobrovól'skij y Piirainen, 2005; Dancygier y Sweetser, 2014; Colston, 2015). De acuerdo con esto, es un mayor problema saber que *no* es metafórico. Si, como en el caso de las metáforas ontológicas, el uso del verbo *salir* para decir cualquier cosa distinta a “salir de un lugar físico” es metafórico, pues entonces casi podríamos adivinar que es metafórica la mayor parte de los usos de este y otros verbos.

Aparte ¿qué es eso del significado básico?, ¿cómo puede ser el significado básico algo tan elusivo? Esta suposición ha sido criticada con toda razón (McGlone, 2007;

Holyoak y Stamenkovic, 2018) y llamada, en particular, por Boiussac (2008) como una “falacia naturalista” cuando se trata de justificar la metafóricidad de las expresiones por no corresponder con relaciones espaciales u objetivas supuestamente literales. Las personas vivimos en un mundo de significados y, como demuestran trabajos recientes (Hoffman, 2019), ni siquiera estamos evolutivamente diseñados para percibir un mundo físico, sino simbólico.

Otras críticas a las que no se ha respondido satisfactoriamente son que, en el afán de encontrar los patrones metafóricos generales y, de alguna manera, probar que la cognición tiene patrones universales; la TMC desdibuja la diversidad de las expresiones lingüísticas de, por ejemplo, diversas variantes de una misma lengua. Expresiones idiomáticas, ejemplos únicos de creatividad figurada y ejemplos que contradicen las supuestas metáforas básicas son casi siempre ignorados por los trabajos sobre el tema (McGlone, 2007; Cserép, 2014; Bernárdez, 2016).

Para ilustrar hasta dónde ha llegado la generalidad de su definición, veamos la siguiente cita:

El locus de la metáfora no es, en ninguna medida, el lenguaje[...] Las metáforas de todos los días se caracterizan por un enorme sistema de miles de mapeos entre dominios... la palabra *metáfora* ahora quiere decir [desde TMC] un mapeo entre dominios en el sistema conceptual. El término *expresión metafórica* refiere a una expresión lingüística (una palabra, frase u oración) que es [su] realización superficial. (Lakoff, 1993, p. 203).

Pero luego, ampliando ese locus de la metáfora a las acciones de todos los días y no exclusivamente a esa computadora representada en el cerebro que llaman “el sistema conceptual”. Jensen y Cuffari (2014) opinan que “[la metáfora] es un tipo particular de proceso coordinativo que hace accesible a los participantes un doble sentido en la experiencia” (p. 285). Cinco años después, dicen Jensen y Greve (2019) que “puede también ser encontrada en diferentes prácticas humanas, desde los rituales de la religión o el deporte, la estructura arquitectónica [...] la experiencia cinematográfica (Müller y Kappelhoff, 2018), hasta todo tipo de prácticas sociales y culturales que involucran algún tipo de actividad simbólica” (p. 13). Además, Dunn (citado en Jensen, 2018) dice que “la evidencia psicolingüística sugiere que la mayor parte de las unidades lingüísticas están en un justo medio entre ser metafóricas y literales” (p. 52).

Es decir, pasó de ser una figura retórica a una operación conceptual. Y luego, en los últimos años, se convirtió en algo que se puede encontrar en las prácticas

culturales de todos los días; es decir, una acción social –una visión enactivista de la cognición y del lenguaje– (Gallagher, 2017). Pero, aunado a esto, diversos autores reconocen que se trata de un rasgo gradual y no un criterio de todo-o-nada [+/- metafórico] o una propiedad de la interacción comunicativa de las personas cuya presencia es permanente (Gallagher y Lindgren, 2015; Abrahamson, Sánchez-García y Smyth, 2016; Gibbs, 2019; Müller, 2019).

Las principales preocupaciones frente a este panorama se pueden resumir en tres cuestiones:

1. Y ahora ¿cómo encuentro una metáfora?, una constante en la línea de revisión de este trabajo. No está en el lenguaje, está en las acciones, pero ¿en las del hablante, de su interlocutor o de ambos?, ¿es intersubjetiva?
2. Ninguno de los autores considerados aquí se separa explícitamente de TMC, no obstante, ninguno de sus objetivos originales se sostiene.
3. Si es un doble sentido en la experiencia ¿por qué no llamarle de otra manera, si ya no es ni una expresión lingüística ni una operación conceptual?

¿Qué explican las metáforas?

Regresemos brevemente a las nociones básicas desde la filosofía de la ciencia. La ciencia es un método de observación, detección de patrones y generalidades. Es independiente de la teoría. En su momento, para explicar por qué las cosas observables funcionan así y proponer cosas que no podemos observar para caracterizarlas o explicarlas, las teorías hacen uso de dos tipos de entidades conceptuales: las generalizaciones y las abstracciones explicativas (Hempel, 1970; Gándara, 2011; Kastrup, 2018). Las primeras nos permiten nombrar a un conjunto de experiencias distintas, pero suficientemente cercanas en las propiedades y características que son pertinentes al modelo. Lo que hace cualquier sustantivo como *perro* (Escandell, 2007; Kearns, 2012) pero al servicio de los objetivos de la teoría como símbolo, sustantivo o fonema⁸. Las abstracciones explicativas también son generalizaciones, pero su pertinencia se basa, no en representar justamente una

⁸ Uno puede, claro, apelar a la realidad psicológica de estas generalizaciones y abstracciones explicativas, como se ha hecho en los terrenos de la fonética perceptual (Fowler y Rosenblum, 1991; Kohler, 2007), la lingüística cognitiva y, en particular, en el tema de la metáfora conceptual (Boroditsky, 2001; De la Fuente, Santiago, Román, Dumitrache, y Casasanto, 2014; Casasanto y Gijssels, 2015; Dolscheid, Celik, Erkan, Küntay y Majid, 2019, entre otros). No obstante, no hay que perder de vista que “realidad psicológica” es una abstracción en sí, en tanto no se trata de una actividad observable. Su estatus científico o empírico descansa sobre los presupuestos de una teoría sobre la mente que puede ser convencional y tener a todos convencidos de que así son las cosas pero que, siendo descriptivamente precisos, no está libre de costo epistémico.

clase de entidades, sino en su capacidad de explicar el comportamiento de un fenómeno. Como la noción de morfema que explica cómo se empaqueta el significado y cómo funciona la combinatoria de los símbolos que usa la gramática para organizar al lenguaje: como el plural del español *cosa-s* a diferencia del singular *cosa* y su concordancia de número con el artículo *la-s cosa-s*.

Estas dos nociones, no obstante, incurren en un costo epistémico. Es decir, son herramientas para caracterizar y explicar los fenómenos, pero no se deben confundir con los fenómenos en sí. Tampoco deben utilizarse olvidando que han de servir para ese algo. El que le demos el mismo estatus al concepto de sustantivo que a una palabra que alguien, efectivamente, dice que es una generalización de la teoría, en realidad, no es lo mismo. Una palabra pronunciada es una experiencia real, un sustantivo tiene valor empírico (válido como concepto analítico) en tanto sirva un propósito. Como advierte Kastrup (2008) “los pasos de la abstracción explicativa solo pueden estar justificados si los hechos observados no pueden ser explicados sin ella, de otra forma, llenaremos la ciencia y la filosofía con juegos lingüísticos vacíos” (p. 344, el subrayado es mío).

La metáfora ha pasado de ser una generalización sobre construcciones de la lengua escrita y el discurso oral, que tienen una forma en común, a una abstracción explicativa de la TMC. Se justifica el costo de la abstracción, principalmente, en tanto:

1. Es el mecanismo necesario para entender un concepto abstracto en términos de uno concreto
2. Es la operación fundamental para asociar conceptos entre distintos dominios.
3. Resuelve el problema del anclaje simbólico (Harnad, 1990; Barsalou, Simmons y Wilson, 2003; Barsalou, 2008) al reconocer que los conceptos fuente son corporeizados; es decir, parten de la experiencia directa (perceptual y propioceptiva del sujeto).

¿Qué hacer cuando ninguna de estas tres justificaciones ha conservado vigencia?
¿Por qué la metáfora conceptual se sigue utilizando como explicación en trabajos cuya formulación teórica implícitamente retira las condiciones para que, en alguna medida, se justifique? A continuación, menciono en síntesis a qué nos referimos con estas observaciones sobre la adecuación explicativa de la noción en el marco particular de TMC y cómo trabajos de reciente publicación de manera implícita se separan de la base que justifica el costo de la abstracción sin abandonar, paradójicamente, la categoría.

Antes que todo, es importante reconocer que la división entre lo abstracto y lo concreto no siempre es obvia ¿realmente “un viaje” es más concreto que “la vida” o “el dinero” que “el tiempo”? ¿Es la famosa metáfora EL TIEMPO ES DINERO un ejemplo claro de esta asimetría o una evaluación del valor específico del tiempo en el mundo moderno que no requiere la definición del estatus ontológico de estos conceptos? Es decir, si el dinero se considera concreto por que adquiere la forma de billetes y monedas, ¿por qué el tiempo no es concreto si está en los relojes y en los calendarios? Todo el tiempo estamos midiendo el tiempo.

Las críticas se han dividido entre el problema de la representación del concepto abstracto previo a la asociación metafórica (McGlone, 2007), la definición misma de abstracto que puede contradecir la intuición lingüística desde su fundamento neurológico y filosófico (Buccino, Colagè, Silipo y D’Ambrosio, 2019) y la necesidad de los conceptos abstractos como noción del modelo (Shapiro, 2019). Es decir, si necesitamos los conceptos concretos para comprender los abstractos ¿cómo podemos tener previamente representados en la cognición conceptos abstractos que no comprendemos? Asumimos que ahí están antes de que la operación metafórica nos permita asociarlos, pero no se explica cómo pueden preexistir a la asociación; si el sentido de la vinculación entre fuente y meta es permitirnos anclar el concepto abstracto en algo concreto. Por otra parte, si la hipótesis de la cognición corporeizada, aun en su versión menos radical, es cierta; podrían no existir conceptos abstractos dado que incluso el tiempo se puede caracterizar como aquello que pasa como el escenario de una persona que camina y, por eso, el pasado queda atrás y el futuro viene⁹.

Por su parte, el problema del anclaje simbólico, una de las deudas teóricas más difíciles de resolver en las ciencias cognitivas, proviene del hecho de que tenemos que responder a la pregunta ¿dónde están los símbolos? Que, en suma, es como preguntar (quizá de forma más relevante) ¿cómo adquieren significado? Una computadora que es capaz de interpretar instrucciones (incluso una más avanzada inteligencia artificial como los programas de Siri de Apple Inc. y Alexa de Amazon Inc.) y responder adecuadamente a ellas, no implica que les

⁹ Se pueden ver, por ejemplo, los numerosos trabajos sobre cómo el tiempo es un concepto bastante concreto en la forma de las relaciones espaciales *adelante* y *atrás* (Casasanto y Jasmin, 2012; De la Fuente, Santiago, Román, Dumitrache, y Casasanto, 2014; Gijssels y Casasanto, 2017), los relojes y los calendarios (Duffy, 2014), la disposición de la puerta y el fogón en las casas de la cultura Yupno de Nueva Guinea (Núñez, Cooperrider, Doan y Wassmann, 2012). Es decir, al parecer, el tiempo solo es una noción abstracta para las matemáticas y la física; pero, en la vida diaria, es una experiencia simbólica bastante concreta.

dé significado a los símbolos (las palabras) que reconoce y emite. Significar y relacionar o asociar lógicamente no son lo mismo. Entonces, ¿de dónde viene el significado si el cerebro es como una computadora?

Una de las posibles respuestas (de las más prometedoras) parece ser la de la corporeización –ing. *embodiment*– (Shapiro, 2019) que es parte central de TMC. Lo que esta hipótesis sugiere es que, precisamente, una parte de los símbolos (su parte significativa) es concreta y está fincada en la experiencia corporal y perceptual del sujeto. Afirma que todo significado es ultimadamente rastreable a una asociación básica de la experiencia perceptual y propioceptiva (percepción de uno mismo). Sobre la acumulación de evidencia a favor de esta premisa han trabajado varios autores como Casasanto (2009) y Bender y Beller (2014).

No obstante, esta solución desbanca a la metáfora conceptual de su papel como operación necesaria, pues implica una dualidad en la cognición. Si tenemos una cognición lógico-racional (representativa y abstracta) y una analógica (corporeizada, dinámica y contextual) tendríamos que demostrar que siempre trabajan juntas y en la misma medida; de lo contrario, tendríamos que aceptar que las operaciones, como la metáfora conceptual, solo ocurren en contextos de alta codificación (o lógico-racionales).

La evidencia neurológica no parece apoyar a la metáfora como una operación necesaria para la asociación entre dominios. En el mejor de los casos, muestra que se trata de casos particulares de corporeización del significado de las expresiones lingüísticas que varía según distintos contextos y, en definitiva, a veces no está presente. Los dominios de la percepción deberían de poderse identificar como zonas diferenciadas según el origen perceptual de la información (visual, auditiva, kinestésica, olfativa, gustativa).

Casasanto y Gijssels (2015) muestran abundante evidencia sobre la dificultad de distinguir entre el procesamiento a-modal y el modal; es decir, para definir si la cognición de las expresiones lingüísticas implica el procesamiento diferenciado de información perceptual específica (modal) o el procesamiento de información perceptualmente indistinta (a-modal). En ambos casos, tener una operación o patrón de asociación entre dominios parece ser irrelevante. Cardillo, Watson, Schmidt, Kranjec y Chatterjee (2012), por ejemplo, muestran cómo este procesamiento que relaciona el uso del lenguaje con áreas sensorio-motoras específicas (modal o de dominio) no tiene presencia significativa, ni siquiera, en la observación del uso de metáforas nuevas que, supuestamente, deberían provocar un mayor procesamiento analógico.

Por su parte, Watson, Cardillo, Ianni y Chatterjee (2013),¹⁰ muestran cómo los conceptos relacionados con las acciones no activan las zonas motoras y premotoras del cerebro relacionadas con las acciones. Mahon y Caramazza (2005, 2008) tampoco encuentran relación directa entre la percepción y la formación de conceptos perceptuales o de la experiencia. Wurm y Caramazza (2019) encuentran distintas condiciones en el procesamiento de la información sensorio-motora entre las cortezas lateral temporal y la fronto-parietal, ambas asociadas con la representación del conocimiento sobre el mundo. Las primeras (en particular la izquierda, ing. *left lateral posterior temporal cortex* o LPTC) no parece distinguir la información sensorio-motora (es multimodal o a-modal). Mientras que la fronto-parietal sí parece distinguirla.

En suma, Holyoak y Stamkovic (2018) opinan que “la evidencia neurológica no apoya la perspectiva, según la cual, la analogía es el proceso dominante en la comprensión de las metáforas simples” (p. 653). Los conceptos pueden ser corpóreos y, sin duda, pueden estar basados en la experiencia del mundo; no

¹⁰ Aunque se trata de una controversia, en todo sentido, vigente. De un lado, están quienes defienden a la versión corporeizada de la cognición; del otro lado, los críticos que buscan defender la perspectiva computacional (algorítmica, representacional o conexionista). La literatura sobre el tema coincide cada vez con mayor claridad que ninguna de las dos versiones es absoluta. Autores de ambos extremos del espectro, afirman que son dos los niveles coexistentes de procesamiento cognitivo con respecto a la especificidad sensorio-motora de los conceptos: uno concreto o modal y uno abstracto o a-modal (Dove, 2016, 2018; Pulvermüller, 2018; Lupyan, 2019; Gilead, Trope, y Liberman, 2020; Kuhnke, Kiefer, y Hartwigsen, 2020). De hecho, en un estudio reciente, Ostarek y Bottini (2021) concluyen que, aun considerando la evidencia sin cuestionar el modelo solipsista de la cognición, “nuestros análisis sugieren que podemos, razonablemente, excluir la posibilidad de que las simulaciones [corporeizadas o modalmente específicas] sean estrictamente necesarias para el procesamiento conceptual...” (p. 14, el subrayado es mío). Esto, aun frente a una discusión que está lejos de resolverse, implica cada vez mayor evidencia en contra de la necesidad de operaciones entre dominios (caracterizados por ser áreas formadas por información sensorio-motora). Si no sabemos dónde está la frontera entre lo modal y lo a-modal, tampoco podemos saber cuándo, cómo y en dónde aplica una asociación modal. Y, por tanto, no podemos sopesar el valor epistémico de una abstracción explicativa de este tipo. Además, una vez que reconocemos que una visión solipsista de la cognición colapsa frente a la imposibilidad de establecer fronteras claras entre módulos internos o entre el cerebro, el cuerpo y el mundo (puesto que descansa sobre premisas de claridad, precisión y predictibilidad) se vuelve un modelo cuyo costo epistémico es injustificado y abre (o hasta cede la batuta) el campo a los modelos no solipsistas donde la discusión entre lo concreto y lo abstracto (Borghini, Barca, Binkofski, Castelfranchi, Pezzulo, y Tummolini, 2019; Cuccio y Caruana, 2019; Yee, 2019) no está al nivel de la ontología de la cognición y el lenguaje, y se convierte solo en un ejercicio (útil pero no esencial) de clasificación metafórica de los conceptos asociados a las prácticas de la comunicación interactiva, situada y dinámica. Discernir el papel de la información sensorio-motora en el pensamiento (en un modelo no solipsista) contribuye, principalmente, al mapa de una cognición distribuida y multinivel (Kemmerer 2015, 2019).

obstante, no hay evidencia de que requieran mecanismos de asociación entre dominios ni que existan esos dominios perceptuales o modales más que como figuras de la teoría provenientes de querer ver al cerebro como una computadora modular.

Por último, está el hecho de que los trabajos más recientes que asumen la noción de metáfora ya no hablan de ella como una operación conceptual, sino que la transportan de la cognición a la acción, de la representación a la actualidad del acto comunicativo; es una perspectiva enactiva y situada de la metáfora. Este cambio de perspectiva se ha dado, principalmente, bajo el auspicio del movimiento teórico conocido como la Cognición 4E (Gallagher, 2017; Lamb y Chemero, 2018; Shapiro, 2019). Su principal disenso con respecto al modelo cognitivo estándar es que no se modela al cerebro como una computadora conceptual y trabajan bajo el supuesto de que la cognición (nuestro pensamiento) no sucede solamente en el cerebro sino en el lugar y bajo las condiciones mismas de la interacción comunicativa. Por su parte, 4E quiere decir una cognición extendida, enactiva, corpórea y dependiente del contexto (en ing. *extended, enacted, embodied* y *embedded*).

Müller (2008, 2019), por ejemplo, no considera a la metáfora como una operación o un rasgo, sino como un acto y le llama metaforización. Sin embargo, como sucede con otras perspectivas ecológicas de la comunicación, el *locus* del fenómeno está repartido en toda la extensión emergente del momento. Es decir, la expectativa de que podemos encontrar una metáfora queda disuelta junto con la visión conceptual-estructuralista (estática) de la lengua que cede su rol como teoría dominante a visiones como la Teoría de los Sistemas Dinámicos (Thelèn y Smith, 1994; Lamb y Chemero, 2018; Gibbs, 2019).

La lengua es un acto y existe en el acto, la memoria de la lengua y sus patrones (la gramática) son solo potencia que se concreta en la comunicación situada: no se puede hablar de lengua como representación o como el programa en la computadora. Los patrones de la lengua pueden no ser simbólicos, sino ser más parecidos a una computadora cuántica que a una digital (de ceros y unos) (Khrennikov, 2002; Conte, Todarello, Federici, Vitiello, Lopane, y Khrennikov, 2003; Wichert, 2021). Esto implica, para el estudio del lenguaje comprometido con su pertinencia científica, que las generalizaciones y abstracciones explicativas o son rangos de posibilidad de expresiones observadas (como las tendencias en el orden de constituyentes de una oración) o de interpretaciones subjetivas (como la metáfora), pero no pueden ser representaciones simbólicas como los conceptos o las construcciones.

Me permito ahondar en esto último para no dejar implícito el argumento de que una visión enactiva¹¹ del lenguaje es incompatible con modelos como la Gramática de Construcciones o la Gramática Cognitiva (Goldberg, 1995; Langacker, 1991; Croft, 2001, 2008). Elaborarlo en su justa medida, no obstante, tomaría más espacio del que corresponde a este trabajo. Sin embargo, para dar más información al lector acerca de la relación entre enactivismo y los modelos estructurales, funcionales y cognitivistas sobre el lenguaje, sería clarificante (aunque en ninguna medida suficiente) hablar sobre *solipsismo cognitivo* o la condición común a las teorías del lenguaje que requieren un universo cerrado para que tenga sentido, por ejemplo, la noción de sistema.

El solipsismo es el principio según el cual todo sucede dentro de algo o con fronteras claramente delimitadas. El solipsismo cognitivo, por tanto, es la premisa que permite imaginar al sistema cognitivo (o a la estructura de la lengua) con límites o fronteras (y, en el caso del primero, ubicarse en los confines del cerebro). Aunque no consideramos como condición fundamental de cualquier versión del enactivismo abandonar el solipsismo cognitivo, parece que es esencial cuando el enactivismo define a la ontología del lenguaje. Es decir, no solo en su versión como método de observación, validación y organización de los datos, en la que se menciona que nos fijemos más en el lenguaje como acción para complementar el estudio de sus construcciones (como es común ver en las prácticas descriptivas de los trabajos que se inscriben en el área de la pragmática), sino como una explicación de cuál es el objeto de estudio de la lingüística, pues solo existe lenguaje en la acción y, por lo tanto, es irreductible a un análisis de construcciones. Esto, no solo por la riqueza de los recursos que son irreductibles a la representación estructural o construccional, sino porque la pertinencia explicativa de estructuras o de construcciones descansa sobre el solipsismo lingüístico. Si no podemos decir en qué ámbito existen las unidades de la lengua y en dónde y hasta dónde aplican las reglas o patrones que las organizan; ambos tipos de entidades pierden su sentido.

¹¹ “Las aproximaciones enactivistas a la cognición sugieren que, al menos en casos básicos (de la percepción y la acción), los procesos cognitivos no solo están en la cabeza, sino que involucran factores corpóreos y contextuales [...] si la cognición no es reductible a los procesos cerebrales, o a algún otro factor único [una estructura o sistema de patrones construccionales, por ejemplo], y si, de verdad, involucra muchos otros aspectos de lo corpóreo y el entorno, entonces ¿con qué nivel de precisión debe proceder el estudio de la mente?” (Gallagher, 2017, p. 1, traducción del autor).

Conclusiones. Las metáforas deliberadas

Poca o ninguna expectativa de encontrar metáforas parece quedar del estado actual de los 40 años de desarrollo de la noción de TMC. Pensada como una figura retórica que nombraba a construcciones como *tu novio es un perro* o *tu boca es un manantial*, esta noción viajó por el tren de la ciencia del lenguaje al asiento principal de las operaciones conceptuales que organizan no solo a los significados de las palabras, sino a la manera en la que construimos la realidad: ARRIBA BUENO/ ABAJO MALO (Godfrey, 2011), entre otros patrones culturales.

Estos proyectos de identificación de patrones culturales universales, encabezados por modelos como los marcos de referencia (Levinson, 1996, 2006; Evans, 2010), sin duda, han alimentado la imaginación de antropólogos, lingüistas y psicólogos, y brindado interesantes generalizaciones que nos enfrentan al dilema antropológico de la semejanza y la diferencia. Es decir, como generalización y abstracción explicativa, hablar de patrones asociativos, patrones culturales, y hasta patrones metafóricos no parece demeritar en ninguna medida estas investigaciones. El problema está cuando dejamos de reconocer en estos términos a metáforas de la ciencia (Brown, 2003; Taylor y Dewsbury, 2018) y buscamos comprometerlos con un modelo que les otorgue no solo legitimidad metodológica, sino realidad ontológica (cognitiva, social o la que fuere).

La TMC (Lakoff y Johnson, 1980, 1999; Lakoff, 1993) le apostaba a los dominios para volver a la metáfora una operación fundamental para relacionarlos, y a la diferencia conceptual entre lo abstracto y lo concreto, para que la metáfora nos permita comprender los primeros en términos de los segundos. Sin embargo, detrás la metáfora como “una solución” estaban problemas que no existirían si no estuviéramos queriendo modelar al cerebro como una computadora.

Aún los estudios que exploran la realidad de la metáfora como algo que está en el cerebro, nos muestran que las personas pueden ver distintos patrones metafóricos en una misma expresión lingüística (Musolff, 2012; Fusaroli, Gangopadhyay y Tylén, 2014; Bernárdez, 2016) por lo que el vínculo entre la forma de la expresión y la metáfora conceptual no es automático. También, encuentran que no son lo mismo (en términos de su vitalidad, es decir, que se reconozcan como tales) metáforas nuevas que metáforas viejas o aquellas que fueron metáforas en el momento de su creación (Damerall y Kellogg, 2016). Si bien los experimentos conductuales muestran que existen patrones asociativos entre ARRIBA/ BUENO y ABAJO/ MALO tampoco son relaciones automáticas u operaciones consistentes como lo sería el algoritmo de un programa. Los patrones asociativos de este tipo no solo pueden ser expresados por un hablante en sentido contrario (ARRIBA

MALO, por ejemplo) sino que, como revisamos en un principio, no queda claro cómo es que son, específicamente, metáforas (Godfrey, 2011).

Por último, de la evidencia neurológica más reciente, podemos observar, siendo conservadores, que no todas las expresiones que deberían ser metafóricas (por su sentido original en un contexto hipotético, formal o histórico) lo son en todos los hablantes. Asumiendo que consideramos evidencia a favor de la metáfora la especificidad modal de la activación en una resonancia magnética de zonas asociadas al procesamiento perceptual diferenciado (un salto nada inconsecuente).

Por ejemplo, una expresión como *doblar las manos* (queriendo decir “rendirse” o “ceder”) no siempre muestra una activación que nos haga pensar que el cerebro está simulando (Cuccio y Steen, 2019) el acto literal de doblar las manos; es decir, el contexto es determinante. En segundo lugar, no todo en la cognición es representacional; en otras palabras, hay tanto lenguaje en su sentido programático como operaciones analógicas asociadas con el cuerpo y la propiocepción que no asemejan a una computadora. La metáfora como operación conceptual ni opera siempre igual ni puede operar para todo lo que llamamos patrones asociativos o simbólicos.

Si el contexto es importante (la situación comunicativa) y no todo en la cognición es código representacional (unidades fijas como símbolos y sus patrones de organización en expresiones), ¿cómo recobrar el sentido analítico de la metáfora? Como una manera de distinguir lo que no es puramente asociativo emergente, asociativo analógico (no representacional), ni tampoco un símbolo convencional (una asociación arbitraria o de origen figurativo inactivo o congelado), sino un acto de significación deliberadamente figurativo.

Aquí, aprovechando la recuperación de la realidad comunicativa que ha procurado el movimiento 4E, se propone remover el intrincado velo puesto sobre la adecuación explicativa de esta noción, en donde se pasa de la lengua como un código computacional a la actividad de un hablante; es decir, se regresan nociones como atención e intención a la fórmula del sujeto y su interpretación (Biase-Dyson y Egg, 2020). Una persona es interpretante de la realidad simbólica de la que es parte: hay metáfora cuando yo interpreto algo como metafórico. Tal vez esto suena poco atractivo para quien quisiera clasificar las expresiones lingüísticas en dos cajas: metafóricas versus no metafóricas; pero ese afán de “coleccionar estampillas”¹² no llega muy lejos cuando se toma en cuenta la evidencia.

¹² De la cita “la ciencia o es física o es colección de estampillas” atribuida al premio nobel de 1908 Ernest Rutherford que, aunque sin duda exagerada y positivista, alude al cuidado que

Ahora ¿habrá rasgos en común entre las expresiones del lenguaje que tienden a interpretarse como metafóricas? Sin duda esta es la pregunta vigente en cuanto a aquello que se puede generalizar en términos de la “forma del lenguaje”, de su “materialidad”. Pero, sopesemos bien las cosas, la materialidad del lenguaje es una metáfora ontológica que solo podrá contarnos parcialmente la historia del significado y la comunicación humana.

Como argumentan Violeta Cuccio y Gerard Steen (2019), al parecer, las verdaderas metáforas son deliberadas (Steen, 2017). Basados en una cuidadosa revisión de la evidencia neurolingüística y conductual¹³ sugieren que es solo cuando los conceptos fuente y meta están implícitos en la expresión, que la metaforización como actividad intersubjetiva funciona. El hablante debe llamar la atención de su interlocutor sobre ambos conceptos y su implícita ubicación en dominios distintos para que la asociación entre dominios funcione. Es decir, no se puede suponer una representación de conceptos en dominios distintos, sino que esta debe de ser construida así en el contexto comunicativo.

En la literatura sobre la expresión del tiempo en la lengua, los numerosos trabajos que parten de la Hipótesis del Foco Temporal (De la Fuente, Santiago, Román, Dumitrache y Casasanto, 2014) muestran claramente un efecto contextualista¹⁴ en la manera en que se representa al tiempo en distintas lenguas y culturas en el mundo; es decir, que el factor determinante no son metáforas conceptuales ni patrones culturales fijos (sin duda, también, presentes como tendencias o zonas de probabilidad en la fórmula). Lo que determina si el pasado está atrás o adelante, por ejemplo, es la atención o el foco que el hablante pone sobre las características de los eventos de los que se habla, sus actitudes sobre ellos (producto de la interacción) y las sutilezas de la construcción intersubjetiva del significado (Li y Cao, 2017, 2018, 2019; Li, Van Bui y Cao, 2018; Escobar y Ramírez, 2020; para una revisión general se puede ver Escobar, en prensa).

hay que tener con los criterios metodológicos.

¹³ Incluida la fuerte crítica a la noción de “metáfora deliberada” que esgrime Raymond Gibbs (2011).

¹⁴ En física teórica, el contextualismo es la perspectiva según la cual la realidad no tiene un sustrato (materia) que sea independiente del sujeto que la percibe; íntimamente relacionado con el contextualismo en pragmática (Linell, 2009, pp. 16-18; Bezuidenhout, 2017) según el cual el significado no existe independiente de la interacción comunicativa en la que se construye. También existe este mismo concepto en psicología, donde es la cognición la que no existe independientemente del lugar y las dinámicas en las que ocurre (Hoffman y Nead, 1983; Gibson, 2014; Lobo, Heras-Escribano y Travieso, 2018).

La metáfora es un acto en la interacción donde representamos distintos dominios y los ponemos a interactuar (como los personajes en una obra de teatro). Esto lo logramos con una combinación de signos lingüísticos lineales y analógicos (a-modales y modales), más el conocimiento compartido y las inferencias pragmáticas. En esta misma medida, no hace falta, para explicar cómo funciona, probar que los personajes pre-existen a la ejecución de la escena, ni tampoco tiene sentido discutir sobre si los personajes y las situaciones existen en el guion escrito o en qué sentido lo hacen antes de que los actores los traigan a la vida en el escenario.

La solución descriptiva y explicativamente adecuada es reconocer que es absurdo tratar de que la lengua, modelada como una estructura (conceptual o no), haga más de lo que se propone hacer desde su construcción ontológica y epistemológica como objeto de estudio. El objetivo de la mirada estructural y funcionalista ha sido explorar, precisamente, la dimensión estática del lenguaje donde las grandes generalizaciones son adecuadas gracias a que hay comportamientos altamente regulares y codificados. Sin embargo, debemos estar conscientes que esa es solo una parte (mínima) de la historia de la comunicación humana. En realidad, el significado es un acto situado e interactivo. Mantengamos las abstracciones explicativas en su carril y no pretendamos que un vagón de tren (que no tiene siquiera un motor propio) se convierta en un vehículo todo terreno.

Referencias

- Abrahamson, D., Sánchez-García, R. y Smyth, C. (2016). “Metaphors are projected constraints on action: An ecological dynamics view on learning across the disciplines”. In C. K. Looi, J. L. Polman, U. Cress, y P. Reimann (Eds.), *Transforming learning, empowering learners. Proceedings of the International Conference of the Learning Sciences* (pp. 314-321). Singapore: National Institute of Education.
- Banan, S., Ridwan, M. y Adisaputera, A. (2020). “A study of connectionism theory”. *BIRCI-Journal: Humanities*, 3(3), pp. 2335-2342. <https://doi.org/10.33258/birci.v3i3.1181>
- Barsalou, L. (2008). “Grounded cognition”. *Annual Review of Psychology*, 59, pp. 617-645.
- Barsalou, L., Simmons, K. y Wilson, C. (2003). “Grounding conceptual knowledge in modality-specific systems”. *Trends in Cognitive Sciences*, 7(2), pp. 84-91.
- Beer, R. D. (2014). “Dynamical systems and embedded cognition”. In K. Franckish y W. M. Ramsey (Eds.), *The Cambridge Handbook of Artificial Intelligence* (pp. 128-150). Cambridge: Cambridge University Press.

- Bender, A. y Beller, S. (2014). “Mapping spatial frames of reference onto time: A review of theoretical accounts and empirical findings”. *Cognition*, 132, pp. 342-382.
- Bernárdez, E. (2016). “From butchers and surgeons to the linguistic method. On language and cognition as supraindividual phenomena”. In M. Romano y M. D. Porto (Eds.), *Exploring discourse strategies in social and cognitive interaction: Multimodal and cross-linguistic perspectives* (pp. 21-38). Amsterdam/ Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.
- Bezuidenhout, A. (2017). “Contextualism and semantic minimalism”. In Y. Huang (Ed.), *The Oxford handbook of pragmatics* (pp. 21-46). Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780199697960.013.31>
- Biase-Dyson, C. D. y Egg, M. (Eds.). (2020). *Drawing attention to metaphor: Case studies across time periods, cultures and modalities*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.
- Borghi, A. M., Barca, L., Binkofski, F., Castelfranchi, C., Pezzulo, G. y Tummolini, L. (2019). “Words as social tools: Language, sociality and inner grounding in abstract concepts”. *Physics of Life Reviews*, 29, pp. 120-153. <https://doi.org/10.1016/j.plrev.2018.12.001>
- Boroditsky, L. (2001). “Does language shape thought? Mandarin and English speakers’ Conceptions of time”. *Cognitive Psychology*, 43(1), pp. 1-22. <https://doi.org/10.1006/cogp.2001.0748>
- Bouissac, P. (2008). “The study of metaphor and gesture. A critique from the perspective of semiotics”. In A. Cienki y C. Müller (Eds.), *Metaphor and gesture* (pp. 277-282). Amsterdam/ Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.
- Brown, T. L. (2003). *Making truth: Metaphor in science*. Urbana, IL: University of Illinois Press.
- Bruce, V. (2009). “Remembering faces”. In J. R. Brockmole (Ed.), *The visual world in memory* (pp. 66-88). Nueva York: Psychology Press.
- Bruce, V., Le Voi, M. E. y Broadbent, D. E. (1983). “Recognizing faces”. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London. B, Biological Sciences*, 302(1110), pp. 423-436. <https://doi.org/10.1098/rstb.1983.0065>
- Buccino, G., Colagè, I., Silipo, F. y D’Ambrosio, P. (2019). “The concreteness of abstract language: An ancient issue and a new perspective”. *Brain Structure and Function*, 224(4), pp. 1385-1401. <https://doi.org/10.1007/s00429-019-01851-7>
- Cardillo, E., Watson, C., Schmidt, G., Kranjec, A. y Chatterjee, A. (2012). “From novel to familiar: Tuning the brain for metaphors”. *NeuroImage*, 59(4) pp. 3212-3221.

- Casasanto, D. (2009). "Embodiment of abstract concepts: Good and bad in right- and lefthanders". *Journal of Experimental Psychology (General)*, 138, pp. 351-167.
- Casasanto, D. (2010). "Space for thinking". In V. Evans y P. Chilton (Eds.), *Language, cognition and space: The state of the art and new directions* (pp. 453-478). London: Equinox Publishing.
- Casasanto, D. y Gijssels, T. (2015). "What makes a metaphor an embodied metaphor". *Linguistic Vanguard*, 1(1), pp. 327-337.
- Casasanto, D. y Jasmin, K. (2012). "The hands of time: Temporal gestures in English speakers". *Cognitive Linguistics*, 23(4), pp. 643-674.
- Chui, K. (2011). "Conceptual metaphors in gesture". *Cognitive Linguistics*, 22(3), pp. 437-458.
- Cienki, A. (2008). "Why study metaphor and gesture?". In A. Cienki y C. Müller (Eds.), *Metaphor and Gesture* (pp. 5-25). Amsterdam/ Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.
- Clark, A. (2008). *Supersizing the mind: Embodiment, action and cognitive extension*. Oxford: Oxford University Press.
- Colston, H. (2015). *Using figurative language*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Conte, E., Todarello, O., Federici, A., Vitiello, F., Lopane, M. y Khrennikov, A. (2003). "A preliminar evidence of quantum like behavior in measurements of mental states". *NeuroQuantol*, 6, pp. 126-139.
- Croft, W. (2001). *Radical construction grammar: Syntactic theory in typological perspective*. Oxford: Oxford University Press.
- Cserép, A. (2014). "Conceptual metaphor theory: In defence or on the fence?" *Argumentum*, 10, pp. 261-288.
- Cuccio, V. y Caruana, F. (2019). "Rethinking the abstract/concrete concepts dichotomy: Comment on 'Words as social tools: Language, sociality and inner grounding in abstract concepts' by Anna M. Borghi et al.". *Physics of Life Reviews*, 29, pp. 157-160. <https://doi.org/10.1016/j.plrev.2018.12.001>
- Cuccio, V. y Steen, G. (2019). "Deliberate metaphors and embodied eimulation". In I. Navarro-Ferrando (Ed.), *Current approaches to metaphor analysis in discourse* (pp. 185-204). Berlin/Boston: Walter de Gruyter.
- Damerall, A. y Kellogg, R. (2016). "Familiarity and aptness in metaphor comprehension". *American Journal of Psychology*, 129(1), pp. 49-64.
- Dancygier, B. y Sweetser, E. (2014). *Figurative language*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.

- De la Fuente, J., Santiago, J., Román, A., Dumitrache, C. y Casasanto, D. (2014). “When you think about it, your past is in front of you: How culture shapes spatial conceptions of time”. *Psychological Science*, 25(9), pp. 1682-1690.
- Dobrovól'skij, D. y Piirainen, E. (2005). *Figurative language: Cross-cultural and cross-linguistic perspectives*. Amsterdam: Elsevier.
- Dolscheid, S., Celik, S., Erkan, H., Küntay, A. y Majid, A. (2019). “Space-pitch associations differ in their susceptibility to language”. *Cognition*, 196. <https://doi.org/10.1016/j.cognition.2019.104073>
- Dove, G. (2016). “Three symbol ungrounding problems: Abstract concepts and the future of embodied cognition”. *Psychonomic Bulletin & Review*, 23(4), pp. 1109-1121. <https://doi.org/10.3758/s13423-015-0825-4>
- Dove, G. (2018). “Language as a disruptive technology: Abstract concepts, embodiment and the flexible mind”. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 373(1752), p. 20170135. <https://doi.org/10.1098/rstb.2017.0135>
- Duffy, S. (2014). “The role of cultural artifacts in the interpretation of metaphorical expressions about time”. *Metaphor and Symbol*, 29(2), pp. 94-112. <https://doi.org/10.1080/10926488.2014.889989>
- Escandell, M. V. (2007). *Apuntes de Semántica Léxica*. Madrid: UNED.
- Escobar, L. (en prensa). *Los gestos del tiempo*. Chihuahua, México: EAHNM-INAH.
- Escobar, L. (2021). “En la gestualidad, TIEMPO ES ESPACIO no es una metáfora”. *Lingüística Mexicana. Nueva Época*, (3)2, pp. 17-40.
- Escobar, L. y Ramírez, I. (2020). “El pasado casi nunca queda atrás: Expresión gestual del tiempo en español”. *Cuadernos de Lingüística de El Colegio de México*, 7(147), pp. 1-45.
- Evans, V. (2010). “Temporal frames of reference”. *Cognitive Linguistics*, 24(3), pp. 393-435.
- Fowler, C. A. y Rosenblum, L. D. (1991). “The perception of phonetic gestures”. En I. G. Mattingly y M. Studdert-Kennedy (Eds.), *Modularity and the motor theory of speech perception* (pp. 33-59). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Fusaroli, R., Gangopadhyay, N. y Tylén, K. (2014). “The dialogically extended mind: Language as skillful intersubjective engagement”. *Cognitive Systems Research*, 29-30, pp. 31-39.
- Gallagher, S. (2017). *Enactivist interventions*. Oxford: Oxford University Press.
- Gallagher, S. y Lindgren, R. (2015). “Enactive metaphors: Learning through full-body engagement”. *Educational Psychology Review*, 27, pp. 391-404.

- Gándara, M. (2011). *El análisis teórico en ciencias sociales: Aplicación a una teoría del origen del estado en Mesoamérica* (tesis doctoral). Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.
- Gibbs, R. W. (2011). “Are ‘deliberate’ metaphors really deliberate?”. *Metaphor and the Social World*, 1(1), pp. 26-52.
- Gibbs, R. W. (2014). “Why do some people dislike conceptual metaphor theory?”. *Cognitive Semiotics*, 5(1-2). <https://doi.org/10.1515/cogsem.2013.5.12.14>
- Gibbs, R. W. (2019). “Metaphor as dynamical–ecological performance”. *Metaphor and Symbol*, 34(1), pp. 33-44.
- Gibson, J. J. (2014). *The ecological approach to visual perception: Classic edition*. New York/ London: Psychology Press.
- Gijssels, T. y Casasanto, D. (2017). “Conceptualizing time in terms of space: Experimental evidence”. En B. Dancygier (Ed.), *Cambridge handbook of cognitive linguistics* (pp. 651-668). Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Gilead, M., Trope, Y. y Liberman, N. (2020). “Above and beyond the concrete: The diverse representational substrates of the predictive brain”. *Behavioral and Brain Sciences*, 43, e121. <https://doi.org/10.1017/S0140525X19002000>
- Godfrey, H. K. (2011). *Conceptual metaphors of emotion in spoken language: GOOD IS UP in semantics and prosody* (tesis de maestría). Victoria University of Wellington, Wellington, Nueva Zelanda.
- Goldberg, A. E. (1995). *Constructions: A construction grammar approach to argument structure*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Greifenstein, S., Horst, D., Scherer, T., Schmitt, C., Kappelhoff, H. y Müller, C. (Eds.). (2020). *Cinematic metaphor in perspective*. Berlin/Boston: De Gruyter. <https://doi.org/10.1515/9783110615036>
- Harnad, S. (1990). “The symbol grounding problem”. *Physica D*, 42, pp. 335-346.
- Hawkes, T. (2017). *Metaphor*. London/New York: Routledge.
- Hempel, C. G. (1970). *Aspects of scientific explanation: And other essays in the philosophy of science*. New York/London: Free Press.
- Hoffman, D. (2019). *The case against reality: Why evolution hid the truth from our eyes*. New York: W. W. Norton y Company.
- Hoffman, R. y Nead, J. (1983). “General contextualism, ecological science and cognitive research”. *Journal of Mind and Behavior*, 4(4), pp. 507-559.
- Holyoak, K. J. y Stamenkovic, D. (2018). “Metaphor comprehension: A critical review of theories and evidence”. *Psychological Bulletin*, 144(6), pp. 641-671.
- James, W. (1907). “What pragmatism means”. En W. James, *Pragmatism: A new name for some old ways of thinking* (pp. 17-32). London: Longman Green and Co.

- Jensen, T. W. (2018). “The world between us. The social affordances of metaphor in face-to-face interaction”. *RASK Internationalt tidsskrift for sprog og kommunikation*, 47, pp. 45-76.
- Jensen, T. W. y Cuffari, E. (2014). “Doubleness in experience: Toward a distributed enactive approach to metaphoricity”. *Metaphor and Symbol*, 29(4), pp. 278-297. <https://doi.org/10.1080/10926488.2014.948798>
- Jensen, T. W. y Greve, L. (2019). “Ecological cognition and metaphor”. *Metaphor and Symbol*, 34(1), pp. 1-16.
- Kastrup, B. (2018). “Conflating abstraction with empirical observation: The false mind-matter dichotomy”. *Constructivist Foundations*, 13(3), pp. 341-361.
- Kearns, K. (2012). *Semantics*. New York: Palgrave Macmillan.
- Kemmerer, D. (2015). “Are the motor features of verb meanings represented in the precentral motor cortices? Yes, but within the context of a flexible, multilevel architecture for conceptual knowledge”. *Psychonomic Bulletin & Review*, 22(4), 1068-1075. <https://doi.org/10.3758/s13423-014-0784-1>
- Kemmerer, D. (2019). *Concepts in the brain: The view from cross-linguistic diversity*. Nueva York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780190682620.001.0001>
- Khrennikov, A. (2002). “On the cognitive experiments to test quantum-like behaviour of mind”. *BioSystems*, 84, pp. 225-241.
- Kohler, K. J. (2007). “Beyond laboratory phonology the phonetics of speech communication”. En M.-J. Solé, P. S. Beddor, y M. Ohala (Eds.), *Experimental approaches to phonology* (pp. 41-53). Oxford: Oxford University Press.
- Kompa, N. (2017). “The myth of embodied metaphor”. *Croatian Journal of Philosophy*, 17(2), pp. 195-210.
- Kövecses, Z. (2010). *Metaphor: A practical introduction*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Kövecses, Z. (2013). “The metaphor–metonymy relationship: Correlation metaphors are based on metonymy”. *Metaphor and Symbol*, 28(2), pp. 75-88. <https://doi.org/10.1080/10926488.2013.768498>
- Kuhnke, P., Kiefer, M. y Hartwigsen, G. (2020). “Task-dependent recruitment of modality-specific and multimodal regions during conceptual processing”. *Cerebral Cortex*, 30(7), pp. 3938-3959. <https://doi.org/10.1093/cercor/bhaa010>
- Lakoff, G. (1993). “The contemporary theory of metaphor”. En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and thought* (pp. 202-250). Cambridge, MA: Cambridge University Press.

- Lakoff, G. y Johnson, M. (1980). *Metaphors we live by*. Chicago, IL: Chicago University Press.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1999). *Philosophy in the flesh: The embodied mind and its challenge to western thought*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Lamb, M. y Chemero, A. (2018). “Interacting in the open: Where dynamical systems become extended and embodied”. En A. Newen, L. De Bruin, y S. Gallagher (Eds.), *The Oxford handbook of 4E cognition* (pp. 147-162). Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxford-hb/9780198735410.013.8>
- Langacker, R. W. (1991). *Concept, image and symbol. The cognitive basis of grammar*. Berlín/New York: Mouton de Gruyter.
- Levinson, S. (1996). “Frames of reference and Molyneux’s question: Cross-linguistic evidence”. En P. Bloom, M. A. Peterson, L. Nadel, y M. F. Garrett (Eds.), *Language and space* (pp. 109-169). Cambridge, MA: MIT Press.
- Levinson, S. (2006). *Grammars of space: Explorations in cognitive diversity*. Cambridge, MA: Cambridge University Press.
- Li, H. y Cao, Y. (2017). “Personal attitudes toward time: The relationship between temporal focus, spacetime mappings and real life experiences”. *Scandinavian Journal of Psychology*, 58(3), pp. 193-198. <https://doi.org/10.1111/sjop.12358>
- Li, H. y Cao, Y. (2018). “The hope of the future: The experience of pregnancy influences women’s implicit spacetime mappings”. *The Journal of Social Psychology*, 158(2), pp. 152-156. <https://doi.org/10.1080/00224545.2017.1297289>
- Li, H. y Cao, Y. (2019). “Planning for the future: The relationship between conscientiousness, temporal focus and implicit space-time mappings”. *Personality and Individual Differences*, 141, pp. 111-116.
- Li, H., Van Bui, Q. y Cao, Y. (2018). “One country, two cultures: Implicit spacetime mappings in Southern and Northern Vietnamese”. *European Journal of Social Psychology*, 48, pp. 560-565.
- Linell, P. (2009). *Rethinking language, mind, and world dialogically*. Charlotte, NC: Information Age Publishing.
- Littlemore, J. (2015). *Metonymy: Hidden shortcuts in language, thought and communication*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107338814>
- Lobo, L., Heras-Escribano, M. y Travieso, D. (2018). “The history and philosophy of ecological psychology”. *Frontiers in Psychology*, 9, p. 2228. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.02228>

- Loeffler, J., Raab, M. y Cañal-Bruland, R. (2017). “Walking back to the future: The impact of walking backward and forward on spatial and temporal concepts”. *Experimental Psychology*, 64(5), pp. 346-358. <https://doi.org/10.1027/1618-3169/a000377>
- Lupyan, G. (2019). “Language as a source of abstract concepts: Comment on ‘Words as social tools: Language, sociality and inner grounding in abstract concepts’ by Anna M. Borghi et al.”. *Physics of Life Reviews*, 29, pp. 154-156. <https://doi.org/10.1016/j.plrev.2019.05.001>
- Mahon, B. y Caramazza, A. (2005). “The orchestration of the sensory-motor systems: Clues from neuropsychology”. *Cognitive neuropsychology*, 22(3-4), pp. 480-494.
- Mahon, B. y Caramazza, A. (2008). “A critical look at the embodied cognition hypothesis and a new proposal for grounding conceptual content”. *Journal of Physiology-Paris*, 102(1), pp. 56-70. <https://doi.org/10.1016/j.jphysparis.2008.03.004>
- McGlone, M. S. (2007). “What is the explanatory value of a conceptual metaphor?” *Language y Communication*, 27, pp. 109-126.
- Meir, I. y Cohen, A. (2018). “Metaphor in sign languages”. *Frontiers in Psychology*, 9, p. 1025. <https://doi.org/doi:10.3389/fpsyg.2018.01025>
- Müller, C. (2008). *Metaphors dead and alive, sleeping and waking: A dynamic view*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Müller, C. (2019). “Metaphorizing as embodied interactivity: What gesturing and film viewing can tell us about an ecological view on metaphor. *Metaphor and Symbol*, 34(1), pp. 61-79.
- Müller, C. y Kappelhoff, H. (2018). *Cinematic metaphor: Experience – Affectivity – Temporality*. Berlín/ Boston: Walter de Gruyter.
- Musolff, A. (2012). “The study of metaphor as part of critical discourse analysis”. *Critical Discourse Studies*, 9(3), pp. 301-310.
- Núñez, R., Cooperrider, K., Doan, D. T. and Wassmann, J. (2012). “Contours of time: Topographic construals of past, present, and future in the Yupno valley of Papua New Guinea”. *Cognition*, 124, pp. 25-35. <https://doi.org/10.1016/j.cognition.2012.03.007>
- Oppenheimer, D. y Trail, T. (2010). “Why leaning to the left makes you lean to the left: Effect of spatial orientation on political attitudes”. *Social Cognition*, 28(5), pp. 651-661. <https://doi.org/10.1521/soco.2010.28.5.651>
- Ostarek, M. y Bottini, R. (2021). “Towards strong inference in research on embodiment—Possibilities and limitations of causal paradigms. *Journal of Cognition*, 4(1), p. 5. <https://doi.org/10.5334/joc.139>

- Pulvermüller, F. (2018). “Neural reuse of action perception circuits for language, concepts and communication”. *Progress in Neurobiology*, 160, pp. 1-44. <https://doi.org/10.1016/j.pneurobio.2017.07.001>
- Qian, L. (2016). “Metonymic-Based metaphor. A case study on the cognitive interpretation of *heart* in English and Chinese”. *Higher Education Studies*, 6(4), pp. 131-137.
- Rączaszek-Leonardi, J., Nomikou, I., Rohlfing, K. J. y Deacon, T. W. (2018). “Language development from an ecological perspective: Ecologically valid ways to abstract symbols”. *Ecological Psychology*, 30(1), pp. 39-73. <https://doi.org/10.1080/10407413.2017.1410387>
- Radden, G. (2003). “How metonymic are metaphors?”. En R. Dirven & R. Pörings (Eds.), *Metaphor and metonymy in comparison and contrast* (pp. 407-434). Berlín: De Gruyter Mouton. <https://doi.org/10.1515/9783110219197.3.407>
- Russell, R., Duchaine, B. y Nakayama, K. (2009). “Super-recognizers: People with extraordinary face recognition ability”. *Psychonomic Bulletin & Review*, 16(2), pp. 252-257. <https://doi.org/10.3758/PBR.16.2.252>
- Shapiro, L. (2019). *Embodied cognition*. New York: Routledge.
- Steen, G. (2017). “Deliberate Metaphor Theory: Basic assumptions, main tenets, urgent issues”. *Intercultural Pragmatics*, 14(1), pp. 1-24.
- Stoljar, D. (2021). “Physicalism”. En E. N. Zalta (Ed.), *The Stanford encyclopedia of philosophy*. Stanford: Metaphysics Research Lab, Stanford University. Recuperado de <https://plato.stanford.edu/archives/sum2021/entries/physicalism/>
- Taylor, C. y Dewsbury, B. (2018). “On the problem and promise of metaphor use in science and science communication”. *Journal of Microbiology y Biology Education*, 19(1), pp. 1-5. <https://doi.org/10.1128/jmbe.v19i1.1538>
- Thelèn, E. y Smith, L. (1994). *A dynamic systems approach to the development of cognition and action*. Cambridge: MIT Press.
- Watson, C., Cardillo, E., Ianni, G. y Chatterjee, A. (2013). “Action concepts in the brain: An activation likelihood estimation meta-analysis”. *Journal of Cognitive Neuroscience*, 25(8), pp. 1191-1205. https://doi.org/10.1162/jocn_a_00401
- Wichert, A. (2021). “Quantum cognition and the mind”. *Journal of Artificial Intelligence and Consciousness*, 8(1), p. 2150001. <https://doi.org/10.1142/S2705078521500016>
- Winter, B. (2019). “Synaesthetic metaphors are neither synaesthetic nor metaphorical”. En L. Speed, C. O’Meara, L. San Roque, y A. Majid (Eds.), *Perception metaphors* (pp. 105-126). Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.

- Wurm, M. F. y Caramazza, A. (2019). “Distinct roles of temporal and fronto-parietal cortex in representing actions across vision and language”. *Nature Communications*, 10(1), p. 289. <https://doi.org/10.1038/s41467-018-08084-y>
- Yee, E. (2019). “Abstraction and concepts: When, how, where, what and why?”. *Language, Cognition and Neuroscience*, 34(10), pp. 1257-1265. <https://doi.org/10.1080/23273798.2019.1660797>